

AMPLIACIÓN DEL CAMPO: TRES TEXTOS SOBRE EL SIGLO XIX

José Ramón RUISÁNCHEZ*

En los últimos años se han publicado varios libros sumamente importantes para el estudio de la literatura y la cultura del siglo XIX mexicano. En las siguientes páginas intentaré pensar lo que estas nuevas obras representan en términos de la ampliación del campo, la imaginación de públicos lectores y, finalmente, el diálogo entre las producciones locales y la academia global.

Me ocuparé de tres textos: *Nineteenth Century Spanish-America: A Cultural History* de Christopher Conway, publicado por Vanderbilt en el 2015; *La innovación retrógrada* de Christopher Domínguez Michael, del 2016, con el sello de imprenta de El Colegio de México y, del mismo 2016, *A History of Mexican Literature* que coeditamos para Cambridge University Press Ignacio Sánchez Prado, Anna Nogar y yo mismo.

A HISTORY OF MEXICAN LITERATURE

Como me resulta el más incómodo de comentar porque las miopías del cariño y el exceso de lecturas, desde los manuscritos hasta las pruebas finas, distorsionan mi mirada, comienzo con nuestra historia. *A History* surgió como un esfuerzo para cubrir una ausencia de décadas. No aparecía una obra de historia general en inglés desde el volumen editado por David William Foster en 1994. Además, la *Historia de la literatura mexicana desde sus orígenes hasta nuestros días*, que iba a publicar la editorial Siglo XXI se quedó suspendida a las puertas del siglo XIX con el volumen aparecido en el 2011 que termina con Fernández de Lizardi.

Para nosotros era importante, sobre todo, incorporar las lecturas de académicos que ya hubieran publicado un primer libro pero que, por otra parte, no estuvieran aún identificados exclusivamente con un tema. Esto no quiere

* Profesor asociado de Literatura latinoamericana y Teoría literaria, University of Houston.

decir que se diera la espalda al trabajo fundamental que se ha llevado a cabo, sobre todo, en la academia mexicana. Me satisface mucho que un muy elevado porcentaje de las fuentes bibliográficas que citamos en la sección dedicada al siglo XIX provenga del paciente trabajo de décadas de los filólogos mexicanos, aunque activado a partir de una manera diferente de hacer crítica.

No es trivial, como parte del registro de la ampliación del campo, hacer un censo de los autores —que precisamente están creando estas miradas diferentes sin ignorar la importancia de las fuentes establecidas por las ya muy nutridas colecciones de obras completas, en edición crítica o no, publicadas sobre todo pero no solamente por el FONCA y la UNAM— y de sus textos, que forman la sección del siglo XIX de *A History of Mexican Literature*.

El apartado se abre con el artículo de Amy Wright, doctora en Letras por la Universidad de Brown, donde trabajó bajo la dirección de Wadda Ríos Font y Christopher Conway una tesis sobre el elemento serial en la literatura del siglo XIX en México. Más recientemente, Wright ha estudiado otras formas populares, como la historieta “Don Catarino y su apreciable familia” o las casi innumerables encarnaciones de Chucho el Roto. Su capítulo en *A History* parte de los jesuitas en el exilio como marco de los autores que publicaron en el *Diario de México* a partir de 1805, los árcades mexicanos y naturalmente su más fiero oponente, José Joaquín Fernández de Lizardi, “the *Diario*’s best-known (if least systematic) contributor” (2016: 145). Parte del mérito del capítulo, al conceptualizar su objeto de trabajo como la *prosa* de la formación nacional, es que se libera de los sentidos que constriñen la acepción moderna del término *literatura*. Esto le permite ocuparse cómodamente no sólo de los jesuitas, como mencioné anteriormente, sino de uno de sus discípulos más distinguidos: Fray Servando Teresa de Mier, a quien piensa no sólo como memorialista sino como historiógrafo, legislador y polemista. Fray Servando, a su vez, la conduce hacia sus aliados José María Cos y Andrés Quintana Roo y, con ellos, a las publicaciones periódicas insurgentes como *El Despertador Americano* o *El Ilustrador Americano*, para volver desde allí a Fernández de Lizardi en su alianza temporal con el versátil y desprolijo Carlos María de Bustamante, polemizando ya no contra el resto del campo literario, sino directamente contra el Estado.

Este recorrido hace que se enriquezca nuestra comprensión de las bien conocidas novelas de Fernández de Lizardi. Wright escribe, por ejemplo: “Like the dialogues in his papers, Lizardi’s novels featured characters voicing different sides of modern debates so that all could be easily read out loud, following the tradition of sermons, oratory, and *pregoneros* that flourished in New Spain’s capital” (2016: 151). Así, no me extraña que destaque sus esfuerzos complementarios no sólo de escritura, sino de promoción de lo escrito, desde el hecho de que se atreviera a vocear sus panfletos hasta su intento de establecer una

biblioteca circulante en la Sociedad Pública de Lectura. Wright no se limita a Fernández de Lizardi en su análisis de la promoción de la lectura. En 1820, Lucas Alamán compra una imprenta en Europa para producir *El Sol* y la primera fábrica de papel (insumo de muy alto costo que limitaba las posibilidades de circulación) la abre el inglés William Benfiel en 1832.

Esto deja el campo listo para el siguiente capítulo, que abarca el período 1833-1869, firmado por Víctor Barrera Enderle, profesor de la Universidad Autónoma de Nuevo León que hizo su doctorado en la Universidad de Chile, lo que lo convierte en una verdadera *rara avis* en el contexto de los investigadores mexicanos de su generación, y lo que también explica la particularidad de su libro *Lectores insurgentes: La formación de la crítica literaria hispanoamericana* (2010), en el que nos recuerda que la historia de la literatura mexicana comparte muchos rasgos y deudas con las del resto de las antiguas colonias españolas, pero también sabe señalar las particularidades de cada campo regional.

Su capítulo se abre reconociendo la importancia crucial de la exigente crítica de José María Heredia. Pero Barrera Enderle simultáneamente nos recuerda lo que lo hace excepcional: en la disputa entre centralistas y federalistas, “political instability did not impede literary creation; what it did delay, however, was literary reflexivity in the form of criticism” (2016: 159). Y es precisamente de los esfuerzos simultáneos consistentes en establecer el campo mediante una práctica escritural y comprenderlo, lo que normalmente se desatiende, de lo que trata este capítulo.

Por eso, el recorrido que propone Barrera Enderle por estas décadas atormentadas privilegia a intelectuales como Marco Arróniz, José María Lafragua, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Luis de la Rosa y Francisco Zarco. Y cuando surgen los nombres mucho más habituales en las historias de la literatura publicadas en México —Altamirano, Prieto— es para privilegiar su faceta de historiadores de la literatura más que de “creadores” en el sentido trivial que tiene el término para la burocracia cultural.

Por ello se privilegian las asociaciones: la Sociedad de Literatos, fundada por Lucas Alamán en 1831 y que más tarde incluyó al Conde de la Cortina; la Academia de Letrán, que surge cinco años más tarde; el Ateneo Nacional de 1840 y el Liceo Hidalgo (1849), cuyo bastión fue Zarco. Pero también la Biblioteca Nacional planeada por Lafragua, quien impulsa asimismo el Archivo General de la Nación.

La lectura de *El Nigromante* que ofrece Barrera Enderle es especialmente penetrante. Lo presenta como alguien que “embodied the fusion of a literary ideal with the insurgent ethos and actions[,] the first to act according to an ethics of literature, and thus proved the existence, notwithstanding its precariousness, of Mexico’s literary field” (2016: 161).

La relación entre la literatura y lo nacional es lo que reúne las clases de Ramírez en el célebre Instituto Literario de Toluca, las notas de historia literaria de su discípulo Altamirano en sus *Revistas literarias* y los *Apuntes* de Prieto. En esta época, a pesar de que el campo sigue siendo poco consistente, se van articulando una serie de imperativos que la literatura tendrá que cumplir, sobre todo a partir de los años cincuenta. De manera semejante a lo que hace Wright al repensar el contexto de la obra de Fernández de Lizardi, este capítulo obliga a repensar *El Renacimiento*, la revista de Altamirano, pues la convierte en la consecuencia de una serie de fuerzas que fueron definiendo el campo a lo largo de décadas y no solamente de la reacción a la caída del “imperio” de Maximiliano y la reinstauración de la república.

Shelley Garrigan, autora del importante libro *Collecting Mexico: Museums, Monuments and the Creation of National Identity*—que en Estados Unidos se publicó en la prestigiosa University of Minnesota Press pero en México no ha circulado fuera de los ámbitos más restringidos de especialistas— retoma el estado de la cuestión donde lo deja Barrera Enderle, en 1867. Garrigan se ocupa de polémicas fundamentales, como las causadas por la reforma educativa o la tenencia de la tierra, pensando de forma paralela cómo hacen surgir instituciones y cómo se discuten en la ficción, lo cual modifica de manera importante las ideas recibidas sobre la literatura del segundo juarismo y del porfiriato.

Así, su reflexión sobre cómo el proyecto educativo liberal, que retoma por cierto una propuesta de Maximiliano, es fundamental para comprender la ampliación del acceso a la educación como forma de crear ciudadanos y, naturalmente, también lectores. Pero su lectura se vuelve mucho más sutil cuando nos hace notar que estas discusiones sobre educación pueden ser activadas como un índice importante del cambio de la posición de la mujer. Esto le permite leer varias de las novelas del ciclo de *La linterna mágica* de José Tomás de Cuéllar como discusiones sobre las consecuencias de las fallas en la educación: “Cuéllar weaves tensions between his characters and narrators that not only expose the deficits of liberal educational project, but also the complex interplay between materiality and morality within a society in transition”, dice Garrigan parafraseando a Monsiváis (2016: 176). Estas tensiones afectan sobremanera a las mujeres, en cuanto encargadas de la primera educación en el hogar o en cuanto víctimas de la falta de instrucción formal que no les deja más opciones que poner en el mercado su capital corporal.

A esta misma luz releo la narrativa de Federico Gamboa —el autor que más integralmente pensó las consecuencias de caer fuera de las reglas no sólo de la moral sino de su contraparte en el positivismo: la higiene— y de Rafael Delgado nos recuerda que las protagonistas de *Historia vulgar*, las hermanas Miramontes, son precisamente maestras de primaria.

En cuanto a la reflexión sobre la tierra como propiedad, Garrigan demuestra la importancia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (fundada en pleno santanismo, 1833) como *punctum* a partir del cual se comprenden los delicados mapas y las tablas estadísticas de Antonio García Cubas, claro, pero también los paisajes de José María Velasco, Luis Coto y Santiago Rebull, y aspectos fundamentales de la narrativa de José López Portillo y Rojas —como *La parcela* o la muy posterior *Fuertes y débiles*—, y del *Tomóchic* de Heriberto Frías. Al final, logra en muy pocas páginas trazar la compleja constelación de artefactos donde el *nomos* liberal (y la violencia que implica su imposición) se articulan.

El capítulo de Juan Pablo Dabove, autor de los dos libros más importantes sobre la narración del bandidaje en América Latina, rompe con el eje cronológico como ordenador principal de la sección. Esto se debe, claro, a que sus “Literatos liberales” fueron en muchos casos extremadamente longevos, escribieron y publicaron desde muy jóvenes hasta el final de sus días. Pero sobre todo a que una historia necesita atravesar el eje de la progresión con confluencias de otra índole y, en este caso, resulta imprescindible una reformulación del liberalismo. Me parece que el hecho de que Dabove sea un crítico argentino ayuda a romper con las inercias que llevan a la repetición de lugares comunes.

Volver a pensar a Payno, Prieto, Altamirano, Luis Inclán y Vicente Riva Palacio en menos de treinta páginas no es cosa fácil. Sin embargo, el colocar la novela (“la Biblia del siglo XIX”, según dijo Altamirano, citado en Dabove, 2016: 189) como la rigurosa puesta en ficción del proyecto liberal le permite usarla también como un prisma que produce los diferentes *liberalismos*. Desde el romance de Riva Palacio como crítica radical del pasado colonial hasta la crítica de la modernidad liberal en *Los bandidos de Río Frío*, pasando por la escritura popular de *Astucia* como intento de resolver el problema de la incorporación del campesino al proyecto modernizador liberal, por la escritura de la cotidianidad a través del habla en la *Memorias de mis tiempos* de Prieto, hasta la lectura de la ficción de *El Zarco* de Altamirano como la fábula del nacimiento del ciudadano liberal.

Hay que leer mi capítulo sobre conservadurismo en contrapunto con el *tour de force* de Dabove. Sin embargo, dado que los liberales y los géneros literarios que privilegiaron triunfaron, mi capítulo exigía no tanto sortear un exceso de crítica, sino en varios casos inaugurar una lectura literaria que incluyera textos relegados: los diccionarios del Conde de la Cortina y Manuel Orozco y Berra, los notables trabajos historiográficos de Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta, José Fernando Ramírez, la crítica literaria de Fernando Pimentel.

Por otra parte, y acaso de manera más radical, me atreví a hacer un mapa de algo que parecería contrario a una de las nociones centrales de la historia litera-

ria que recibimos de Europa, pero que la práctica escritural mexicana justifica plenamente: el romanticismo conservador. Por ejemplo, el uso de la primera del singular en poesía es mucho menos frecuente de lo que cabría esperar. Pero además, incluso cuando se enuncia un poema desde un Yo, éste no parece ser afectado por lo que enuncia. En otras palabras, podemos ver en esta timidez del romanticismo mexicano los límites de la subjetividad *liberal* exitosamente creada por sus antagonistas conservadores y por la vertiente conservadora de los mismos liberales.

La sección se cierra, finalmente, con la recapitulación de sus iluminaciones anteriores de una de las lectoras que más han contribuido a pensar el modernismo, la comparatista Adela Pineda Franco. A diferencia de muchos de los colegas que trabajan en México y que siguen ignorando la contribución radical que se produce fuera del país, su diálogo con los trabajos de Julio Ramos, Susana Rotker, Ericka Beckman y Alejandro Mejías López propone una lista de lecturas urgentes publicadas en las últimas dos décadas para las universidades mexicanas. Pero, como todos los demás autores de la sección, Pineda sobre todo (se) exige lecturas diferenciadas para los distintos autores del período, matizando la manera en que cada uno negocia la innegable hegemonía política del Porfiriato.

Si lo pensamos estadísticamente se trata de dos estadounidenses, un argentino, dos mexicanos que trabajamos en la academia de los Estados Unidos y uno que trabaja en México pero no en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM ni en El Colegio de México. La demografía es semejante en el resto del volumen. Procuramos además no incluir miembros de los departamentos donde trabajamos. Salvo una excepción necesaria, lo cumplimos.

Más importante, esto permite que esta sección, como el resto del libro, sin sortear obras mercedadamente canónicas —desde *El Periquillo Sarniento* a *La amada inmóvil* y publicaciones muy conocidas comprendidas en el arco que va del *Diario de México* a la *Revista Moderna de México*— amplíe primero que nada su *corpus* literario, al entender la importancia de textos que se habían considerado menores, como *Angelina* de Rafael Delgado, *Suprema ley* de Federico Gamboa o *Fuertes y débiles* de José López Portillo y Rojas; o leer de manera literaria otras como la biografía de Zumárraga de García Icazbalceta, el *Diccionario de barbarismos y solecismos* del Conde de la Cortina, o el *Diccionario Universal de historia y geografía* editado por Manuel Orozco y Berra, así como reconsiderar nuestra crítica literaria inicial, que habitualmente está borrada para el público de habla inglesa.

Si tengo que resumir en muy pocas palabras lo que permite este giro hacia las condiciones originales de producción y lectura de las obras, tendría que decir que, primero, es el producto de un análisis más amplio y más generoso

del campo literario, esto es, como se vio arriba, de las relaciones de las instituciones no solamente como condiciones del surgimiento de obras literarias sino como pautas en cuanto a la manera en que debemos leerlas. Regresaré a ello más abajo.

LA INNOVACIÓN RETRÓGRADA

La innovación retrógrada: literatura mexicana 1805-1863 es el primero de dos tomos de la historia de nuestro siglo XIX que planea Christopher Domínguez Michael. El título se refiere a la frase acuñada por Abel-François Villemain:

Buscaré una influencia del espíritu nuevo, que al retornar sistemáticamente hacia el espíritu antiguo, se convierte en una suerte de innovación retrógrada que sigue a los desórdenes civiles. La buscaré en la literatura, en el análisis filosófico y en la política especulativa (*Cours de littérature française*, IV, 1840 citado en Domínguez Michael, 2017: 585).

Se trata de un suplemento a la muy citada “tradicción de la ruptura” de su maestro Octavio Paz. Sólo que aquí funciona como una tradición de *sutura* que se puede imaginar y llevar a cabo de distintas maneras, según la relación que establezca con el pasado.

Como tipología fundamental, Domínguez Michael elige los términos “ingenuo” —que designa a quien “es naturaleza”— y “sentimental” —“aquellos que busca ser naturaleza”—, a los que toma de Schiller. No me parecen ni muy claros ni muy útiles. Mucho mejor es su esfuerzo de recrear de la manera más completa posible los contextos de producción y recepción, a la manera de la *Historia de las ideas estéticas en España*, aunque sorteando su fracaso a la hora de llegar al tema central.

La referencia a Marcelino Menéndez Pelayo es explícita (le dedica las primeras setenta páginas del libro): “No me parecía apropiado iniciar una historia de la literatura mexicana sin hablar de cómo veía la crítica internacional, desde el privilegiado mirador de un gran crítico europeo como Menéndez Pelayo” (2017: 73). Además, Domínguez Michael trata de replicar, en general con buen éxito, la capacidad de Menéndez para calificar a los autores que lee.

La primera parte de *La innovación retrógrada* va de 1805, cuando empieza a circular el *Diario de México*, a 1827, el año de la muerte de Fray Servando. Se dedica a la Arcadia Mexicana, a José Joaquín Fernández de Lizardi y a su ya estudiado Mier. Incluye un importante recorrido por las lecturas de finales del XVIII y principios del XIX, que aprovecha el trabajo de Esther Martínez Luna como elaboradora del índice del *Diario de México*. Esto le permite

concluir: “Que la cultura clásica y castellana de los hacedores del *Diario de México*, lo mismo que su público, era sólida y extensa [...]. Que su aparición, en 1805, formó parte de un fenómeno mundial, el auge de las revistas literarias y filosóficas que buscaban y encontraban un público activo y letrado” (2017: 102). Debido a que prefiere pensar el *Diario* desgranándolo en sus firmas, falta en su libro un comentario del periódico como tal, como artefacto cerrado, completo y complejo, donde conviven lo alto y lo bajo a la manera que, en el reciente libro de Christopher Conway, lo hacen todos los materiales que toca, como veremos más adelante.

Si uno acude por ejemplo a la muy mejorada página de la Hemeroteca Nacional, puede constatar cómo a la poesía neoclásica la suplementan los anuncios que salían en la página 4 y que dicen mucho de la vida y del habla de la Ciudad de México en los últimos años de la Nueva España: “Se avisa a Norberto el negrito sin pies, que acuda a casa de D. Bonifacio de Amezola, contador de la lotería, porque se le ha buscado y no le han encontrado”.

Una verdadera contribución de Domínguez Michael llega cuando se vale, para su lectura de la *Arcadia Mexicana*, de dos de las fuentes más interesantes, que aunque se publicaron en México en el último cuarto del siglo XX, por no ser cabalmente académicas, no se han utilizado con la intensidad con la que se hace aquí: el libro fundamental de Luis Miguel Aguilar, *La democracia de los muertos*, que realmente enseña a releer la *Arcadia* de otro modo, sospechando de los excesos de su inocencia, y el notable ensayo de Fabio Morábito, “Los pastores sin ovejas”. Es una pena que no haya llegado a tiempo el volumen crítico sobre Morábito editado por Tamara R. Williams y Sarah Pollack.

Su paciente recorrido por la *Arcadia* llega a su verdadero término cuando se convierte en el medio de contraste para la lectura emocionada y emocionante de Fernández de Lizardi, el lobo de ese edén. Domínguez Michael lee no solamente las zonas más transitadas de la obra del Pensador: su narrativa, a la luz de Torres de Villarroel y el *Gil Blas* así como de sus comentaristas mexicanos, desde Terán hasta Yáñez, también se entusiasma con su poesía —a diferencia de mi maestro José Emilio Pacheco, que de plano lo tachaba de poetaastro— y, sobre todo, con su periodismo:

Nunca como en él lo popular ha resultado tan balsámico porque en Fernández de Lizardi lo popular no es, como lo creyó honradamente el nacionalismo literario, la momificación de una caracterología, es decir, la invención de lo mexicano (aunque algo hay de eso) sino el encuentro, fascinante, entre el lenguaje y el mundo, una inmensa realidad civilizada (es decir, ciudadina y ciudadana) registrada por primera vez por un autor nuestro. La apoteosis del asunto no ocurrirá, ni siquiera en *El Periquillo Sarniento*, sino en la sátira periodística de *El Pensador*, una de las cumbres de la literatura decimonónica en español (2017: 176).

No es un mal lugar para señalar uno de los límites más evidentes de este agradecerable esfuerzo expansivo. Domínguez Michael no se ocupa de polemizar con el artículo inaugural de Jean Franco y, si menciona a su discípula Nancy Vogeley (que dedicó prácticamente su carrera completa a Fernández de Lizardi), no es para discutir su libro fundamental, *Lizardi and the Birth of the Novel in Latin America*. El problema no es la inclusión de un autor específico, sino el borramiento total de prácticamente todo lo que ha hecho la academia fuera de México en el campo de la literatura (con la excepción de Laura Gandolfi, a quien conoció dando clases en Chicago). Abundaré en esto en el siguiente inciso, así es que por el momento dejo aquí la observación.

El capítulo sobre Fray Servando, a quien privilegia como creador de “nuestro primer yo” (241), es un resumen desganado de su imprescindible *Vida de Fray Servando*, del 2004. Cierra este primer momento señalando que todas estas innovaciones fueron retrógradas; modernidades antiguas, modernizaciones que no están al día respecto al resto de la humanidad.

La contemporaneidad, tema que obsesionó a Reyes y a Paz, nos espera en la segunda parte, que va de 1828 a 1863. Esos dos tercios restantes del libro abren con Carlos María de Bustamante. Aquí Domínguez Michael se arriesga de nuevo y dice que, entre 1805, cuando aparece como uno de los editores del *Diario de México*, y 1847, cuando escribe su testimonio de la invasión estadounidense, Bustamante es “sin duda, la principal figura de nuestra literatura”, y añade:

Entiéndase por literatura, aclaro, lo que el siglo XVIII entendía: la suma de las artes impresas destinadas a la ilustración pedagógica e histórica de una sociedad. Al buscar símbolos nacionales aun antes de que la nación fuese independiente y tuviese nombre propio, Bustamante convirtió a aquellas “bellas letras” en literatura propiamente romántica (249).

Me parece que este gesto de “ampliación retrógrada” es importante. Hasta que no enfrentemos la responsabilidad de leer con el mismo cuidado y pasión toda nuestra literatura de este modo, estaremos dejando fuera núcleos cruciales de la producción cultural del siglo XIX.

La desprolijidad de Bustamante en general, y en particular la maraña de su *Cuadro* como documento histórico, le permiten a Domínguez Michael desembocar de manera natural en los historiadores que lo sucedieron: Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán, quienes, a diferencia de Bustamante, “se acabaron de formar leyendo a los modernos como Burke, Bentham y Tocqueville y se nota” (256). Sobre Alamán dice más adelante:

Creyendo que la escritura de la historia puede ser gran literatura, como en el caso de Alamán, su *Historia* es [parte de] lo más perdurable de la prosa mexicana de la primera mitad de aquel turbulento siglo decimonono. Debe leerse junto al *Facundo* de Sarmiento, publicado pocos años atrás [en 1845], como una de las obras centrales del siglo XIX hispanoamericano (466).

La tarea queda asignada para una futura generación de críticos y tiene que tomarse muy en serio. ¿Cuándo surgirá una lectura tan potente como la de Julio Ramos o Ricardo Piglia de Sarmiento para el trabajo de Alamán?

Domínguez Michael no amplía nuestro campo atendiendo solamente a la prosa de la historia. De hecho una de las partes más logradas del libro, es el largo capítulo sobre José María Heredia, donde su lectura, otra vez emocionada, es deudora del trabajo de Rafael Rojas. Lo emociona no tanto el poeta “genialmente indeciso” entre el romanticismo inicial y el ocaso neoclásico o el hecho de que sea el posible autor de *Jicoténcal* sino el Heredia que nos pone al día en la crítica. El primer lector atento a todo lo que sucedía en su presente literario capaz de discutirlo en un plano de igualdad con sus materiales. ¿No resulta sorprendente, entonces, la negativa de Domínguez Michael a hacer lo propio con *su* presente literario?

Precisamente el enfriamiento de los ardores liberales y románticos —que en una lectura política son el verdadero tema del libro: cómo se inventó el centro— “permitieron el predominio de Pesado y Carpio, quienes impusieron su cauteloso ‘estilo clásico’ sobre la poesía mexicana del medio siglo” (2017: 385). La sección que les dedica y la siguiente, sobre la Academia de Letrán —donde Domínguez Michael sigue a comentaristas anteriores, sobre todo a Fernando Tola de Habich— aportan poco de su propia lectura. Además se guarda su trabajo sobre Payno y Prieto para la sección final.

Para ser exhaustivo, le hace falta una discusión seria —acaso la reserva para el segundo tomo de su historia— de Pimentel como crítico de poesía y, sobre todo, de su mayor innovación crítica: el eclecticismo, que es precisamente el concepto que cimienta el discurso de Domínguez Michael en varios de sus pasajes luminosos: el conservadurismo liberal en el que se deleita es precisamente una forma de eclecticismo como lo entiende Pimentel.

El otro crítico que menciona, el Conde de la Cortina, resulta interesante para fijar otro mojón en su ampliación de campo: Domínguez Michael recorre velozmente *El Zurriago* y lo deja. No piensa entonces momentos notables de la escritura del Conde, como su brillante nota de ficción especulativa sobre Rodrigo de Cifuentes, “primer pintor de la Nueva España”, o su diccionario de mexicanismos. La omisión de este último, sobre todo, resulta curiosa en un autor que ha reunido sus reseñas con el título *Diccionario crítico de la literatura mexi-*

cana y que se defendió de los ataques al libro aduciendo que se trataba de un diccionario personal. Precisamente esta posición de lectura resulta fructífera con los esfuerzos lexicográficos del siglo XIX.

La sección dedicada a 1847 le permite leer ahora sí a Guillermo Prieto, coautor “con otros catorce redactores” de los *Apuntes históricos para la historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos*, “una de las piezas más desoladoras no sólo de su pluma habitualmente festiva, sino de toda la literatura mexicana del XIX” (2017: 456). Continúa con Prieto mismo en la última sección de *La Innovación retrógrada*. Domínguez Michael no acierta a leerlo con justeza como poeta popular (el de la *Musa callejera* tan finamente antologada por Carlos Monsiváis en su *Atentamente... Guillermo Prieto*). Se entusiasma, en cambio, con sus *Viajes de orden suprema*, que lee bien, balanceando sus logros con sus tedios, y señalando que es el primer gran libro del género (497).

El Nigromante lo emociona porque es “aquel que aún no ha sido del todo descifrado”, acaso porque al morir “no dejaba un libro decisivo” (504). Esto, explica Domínguez Michael, sucede porque: “escribir artículos de toda clase para la prensa es la primera obligación del liberal [...]. El artículo, a veces muy largo como era frecuente en Ramírez, era el arma, el medio o el fin...” (505). Pero de estos artículos su propia lectura aporta muy poco que no aparezca ya en trabajos anteriores.

Como el momento que corona estas dos lecturas —el de la amistad entre Prieto y Ramírez— Domínguez Michael reconstruye la correspondencia entre los dos durante los años de la invasión francesa.

El último tramo del libro se ocupa del primer Payno, con pequeños apartes, para otros novelistas, como Fernando Orozco y Berra o Nicolás Pizarro; al mismo tiempo celebra *El fistol del diablo* como la novela que inaugura en este género nuestra llegada al tiempo del mundo, es nuestro folletón en la gran época del folletón. Dice en su “Conclusión”:

Con Heredia y con Payno se acaba, insisto, la innovación retrógrada: a partir de ellos se podrá ser malo, pésimo imitador de los románticos, como lo fueron muchos de nuestros decimonónicos. Pero lo serán por compartir el espíritu de su tiempo y no por ignorarlo. Ya no será necesario viajar, treinta, cuarenta años hacia el pasado en busca de munición para pelear la batalla en el presente o al menos para protegerse, con parapetos antiguos, de lo moderno (601).

EL DIÁLOGO ROTO

Permítanme usar de nuevo nuestra *History of Mexican Literature* como un punto de contraste. Sobre todo preguntándose qué elide Domínguez Michael en su robusto volumen. Su proceder es el que guiaba a su admirado Menéndez Pelayo en 1893: no puede pensar la literatura más allá de los confines del individuo. Puede narrar con gracia una polémica, o enhebrar una correspondencia; pero en cuanto se enfrenta a una agrupación, la subdivide de inmediato en sus miembros. Por esto no logra pensar la importancia que tienen las instituciones que van surgiendo paulatinamente en el siglo XIX: las menciona de pasada, pero no alcanza a incorporar las condiciones materiales y sociales que permiten la existencia de los libros que le interesan. Parece que prefiere no leer las publicaciones periódicas como lo hacía su público; las trata como fragmentos de las futuras obras completas de diferentes autores. Hay poco trabajo sobre editoriales, sobre los gérmenes de las instituciones de enseñanza moderna, sobre los periódicos y su progresivo cambio. Este que es precisamente el núcleo de la nueva *Historia de la literatura mexicana* coordinada por Mónica Quijano y que está por publicar la UNAM. En otras palabras, parece negarse a dialogar con quienes piensan la literatura como parte de un patrimonio, por usar el feliz término que propuso Enrique Florescano para su colección del Bicentenario.

Aunque su trabajo rescatando a autores hoy olvidados, pero entonces sumamente importantes —como Young, Gessner, Soulié o el supuesto Ossian—, que insiste en cuán importantes resultaron ciertos autores españoles de segunda fila como Menéndez Valdés o Quintana, y no sólo Zorrilla, Mesonero Romanos o Espronceda es desde luego una arqueología importante, que ayuda a la comprensión de las matrices de admiración y por ende de imitación de la primera mitad del siglo XIX, pero excluye otros marcos importantes incluso para un proyecto historicista.

En suma, *La innovación retrógrada* ofrece una contribución que no se puede ignorar. El intento de escribir un libro académico de uno de los últimos críticos sin formación universitaria, acaso uno de los últimos críticos que resultan centrales, tanto para el gran público como para la crítica especializada. Sin embargo, el horizonte más allá del cual Domínguez Michael no puede imaginar su crítica es el que piensa la literatura como una parte más de lo que constituye la cultura de una época. Tras décadas de estudios culturales, siguen existiendo bastiones que se niegan a explorar lo que aparece en libros muy accesibles, como el de Conway, ya mencionado anteriormente, y al que pronto llegaré, donde el capitulado no depende de individualidades sino de conceptos que invitan a moverse en diagonal por América Latina, pero, sobre todo, por una franja más ancha de actividades: Conway comenta, como todos, a Sarmiento,

pero también puede ocuparse de la instalación de modernos alcantarillados y desagües, de corridas de toros y circos.

El otro límite de este tipo de libro es teórico: las definiciones (casi invariablemente tácitas) de nación, modernidad, romanticismo, incluso liberalismo, desde las que trabaja Domínguez Michael son, en mi opinión, la parte más débil de su trabajo. Su insistencia en no dialogar con el robusto legado teórico publicado después de los años sesenta (es un excelente lector de la tradición crítica clásica hasta la primera mitad del siglo XX) hace que su libro sea un magnífico ensayo de lectura personal, pero no más.

Estas limitantes se vuelven explícitas en la reseña que publicó hace poco en *Letras Libres* de nuestro volumen colectivo, que intitula inequívocamente “Un triste manual escolar”. Vale la pena leer con atención lo que dice, porque por debajo, acaso a su pesar, estas bofetadas, con guante blanco algunas y otras menos elegantes, trazan un mapa muy preciso de la condición de imposibilidad de diálogo que, a pesar de todo, insisto en establecer aquí. Primero que nada señala que de los capítulos “muy pocos aspiran a ser ensayos” y obedecen “a la lógica de los estudios culturales”, lo que hace sufrir a “el lector liberal y canónico” con el fardo de unas reivindicaciones que le parecen sosas.

“El problema mayor va más allá de los autores de *A History of Mexican literature* —algunos de los cuales hicieron bien su tarea—, pues se deriva de la contestación anticanónica de la Escuela del Resentimiento, en buena hora denunciada por Bloom.” ¿Toma en serio Domínguez Michael esta caricatura? Espero que no. En todo caso, le sirve para redondear su argumento: “la ausencia del canon, lamentablemente, genera un vacío donde todo valor se difumina”. Creo haber probado que no es así. Aunque hayamos trabajado formas de la ficción popular y el teatro populares que incluyen a Cantinflas, la telenovela y la fotonovela, esto no significa que se trate de un intento golpista contra un canon o la imposición de un nuevo canon lleno de mujeres, homosexuales y, lo diga o no con todas sus letras, *nacos* de la literatura.

Sin duda son agradecibles sus precisiones en cuanto a las erratas del libro, pero incluso allí, por momentos incurre en imprecisiones semejantes a las que nos reprocha. Por ejemplo, nos “hace decir (mentira) que Fernández de Lizardi fue el principal colaborador del *Diario de México*”, cuando en realidad el texto de Wright dice, y lo repito: “the *Diario's best-known* (if least systematic) contributor” (145) y se apoya en un pie de página donde se demuestra que si bien efectivamente “los árcades y el Pensador Mexicano se detestaban”, eso no impidió que Fernández de Lizardi publicara una docena de artículos en el periódico. Dice de mi capítulo y el de Dabove:

Aunque se valga del infame Badiou, es sugestiva la cesura sincrónica (es decir, se resiste al tratamiento historicista habitual) de Ruisánchez Serra al hablar de un “paradigma conservador”, categoría que permite olvidarse de la pelea a muerte entre liberales y conservadores, agrupando entre estos últimos —no sólo en política sino en literatura— a los bucólicos y a su episcopal descendencia. En cambio muy pobre es el retrato de los “Liberal literati” de Juan Pablo Dabove, que daba para tanto y resulta cansina (por haber sido escrita “de oídas”) la repetición de la piadosa historia de *El Renacimiento* de Altamirano —supuesta reunificación de las facciones [...]. Pero se acierta al darle su lugar a Francisco Zarco como crítico literario.

¿Badiou es infame? No importa tanto, porque el pensador en el que me apoyo para construir el concepto de paradigma es Giorgio Agamben; Badiou apenas me sirve para comentar un pasaje de Hegel sobre la poesía romántica. Más importante, me parece injusto decir que Dabove ha escrito de oídas, cuando se trata de una lectura sumamente renovadora del espectro de diferencias que frecuentemente se oculta bajo el término liberal.

En suma, parecería incapaz de entender que esto que le parece un exceso demográfico no se debe al “resentimiento”, sentido o aprendido, sino a la necesidad de, más que regurgitar un canon o proponerlo, pensarlo como el resultado de procesos complejos. Esto lleva a la posibilidad de explorar, una vez que se comprende que el gusto es histórico y no indicador de una esencia, las instituciones donde está la huella de estos procesos y también los textos que han quedado fuera del prestigio y la distinción de una época. No es que “a los profesores [les] falta coraje para decir a cuál prefieren y por qué” entre dos autores, sino que nuestra opinión es mucho menos importante de pensar que la de las fuerzas que seguramente la causan.

No debemos por nuestra parte cegarnos ante el hecho de que el entusiasmo entusiasma, y de que el momento en que el crítico adopta la índole romántica de enunciar su gusto como si fuera un tesoro y no una herencia sigue causando mucho placer y acaso el negarse a este gesto es lo que parece “cansino” a Domínguez Michael, quien dice como cierre de su texto: “Pero en la historia de la literatura, mexicana o no, que nos proponen, todo es descriptivo y políticamente neutro [...] Sólo hay belleza nos dicen en el ‘género’, pues no la hay —dueña de sí—, en el arte de la literatura”. ¿Sólo hay belleza en el género? En fin, si esto le parece un libro donde la literatura es aún alfa y omega, me pregunto qué pensará del texto de Conway.

A CULTURAL HISTORY

Los capítulos del libro de Conway se dedican a las ciudades, los textos, la teatralidad, la imagen y la musicalidad. Estas palabras, que pueden parecer torpes, se revelan estratégicas, porque precisamente en su amplitud abstracta radica su ambición. Por ejemplo, al hablar de teatralidad y no, como parecería más llano, de teatro, Conway se permite pensar una serie de performatividades muchísimo más amplias de la que se desarrollan en un escenario formal, ante un espacio de butacas.

En términos de ampliación de campo, es claro que su proyecto, al ser un producto del viraje hacia los estudios culturales, se ocupa de un horizonte muchísimo más amplio tanto del de Domínguez Michael como del nuestro. En esta ampliación de campo se produce también el descentramiento que anunciaba más arriba. La literatura no sólo comparte el espacio con el teatro de títeres, con la función permanente de los buenos modales, con las imágenes religiosas y las zarzuelas: además, ha perdido la cualidad que la hacía sinónimo de (alta) cultura. Desde luego no es la primera vez que se lleva a cabo esta operación crítica, pero su éxito nos recuerda la posibilidad de cuestionar periodizaciones y géneros recibidos y esto me parece muy saludable. Al regresar desde esta horizontalización, que lo vuelve parte de un campo más amplio, la textura de lo literario se transforma.

Pero regresemos al libro en general. Primero que nada, al tratarse de una historia transnacional, que intenta analizar los flujos compartidos a lo largo de Hispanoamérica, hace que —sin desatender completamente las variaciones producidas con cada reiteración local— la nación y lo nacional sean menos importantes que en *A History of Mexican Literature* y en *La innovación retrógrada*. Esto le permite a Conway pensar *María* o *Facundo* no como textos que pertenecen a la literatura colombiana y argentina respectivamente, sino como obras que verdaderamente fueron muy leídas en todos los países de Hispanoamérica, creando una interioridad fundacional en el caso de Isaacs y un maniqueísmo que se convirtió en la bestia negra necesaria, en contra de la que se hizo política, economía, educación e higiene, en el de Sarmiento. Se podría decir que la barbarie que denunciaba admirativamente el *Facundo* se podía dar por terminada donde surgían públicos capaces de leer y conmovirse con *María*.

De manera interesante, y en contra de lo que sucede en Domínguez Michael, esto lo lleva a proclamar para el costumbrismo —entendido de manera sumamente generosa, que incluye la comedia de costumbres, los álbumes ilustrados con los tipos nacionales y sus oficios, así como el omnipresente *Manual* de Carreño— una importancia muy superior a la de cualquier otro ismo (romanticismo, realismo, incluso el santo modernismo). Creo que esta veta merece ser agradecida e inmediatamente después exigida en todos los

futuros estudios literarios y culturales sobre América Latina, pues no es menor su importancia en Brasil.

Pero la circulación transnacional no es el único eje rector del libro de Conway. En cada una de las secciones, de manera sistemática, piensa las facetas de la cultura de acuerdo a sus públicos. En general comienza por la recepción educada, apegada a modelos y modas europeas de, por ejemplo, los bailes de salón, la ópera, la pintura y escultura académicas, para en seguida pensar las maneras en que el pueblo llano adopta (adaptándolas) diferentes prácticas culturales: las modificaciones rítmicas africanas a la música y sus consecuencias en la danza, el amulatamiento de las corridas de toros en el Perú, el circo criollo en el Río de la Plata.

Para mí, las páginas más interesantes de su libro son las que tratan del tránsito entre clases de una práctica cultural o del momento en que cierto artefacto posee un interés lo suficientemente amplio como para constituirse en la condición de posibilidad y tema de un diálogo verdaderamente incluyente, que rebasa la “civilización” o la “barbarie” y realmente instituye una momentánea sensibilidad (o sentimentalidad o sensacionalismo) común.

PÚBLICOS

En cuanto a los públicos que cada uno de estos libros presupone y va configurando con su discursividad, me parece que vale la pena comenzar el análisis con este mismo libro, el de Conway, ya que es el que de manera más explícita señala a quién se dirige. Su libro —compacto y agradable de leer, vívido y, aunque muy erudito, capaz de sortear la pedantería gratuita— está dirigido a los estudiantes universitarios de habla inglesa, y muy claramente enfocado en lo que en los Estados Unidos se denomina *undergraduates*, más que en un seminario de posgrado. Su libro intenta (y logra) ser una introducción, escrita por alguien al tanto del nivel de conocimientos previos y de capacidad de lectura de este alumnado. Esto, desde luego, no excluye a los lectores, “liberales” o no, que lo hacen por placer y a los que, por otra parte, pertenecemos al campo. Sin embargo, si uno es profesor, lee su *Historia de la cultura*, inevitablemente, como una *examination copy*, mediada por un futuro grupo, por una posible clase. Esto provoca que, al menos en mi caso, las partes que más me atraigan sean las más alejadas de mis conocimientos, como por ejemplo el apartado dedicado a los bailes, tanto a los muy reglamentados como a los híbridos, populares, encarnaciones de las múltiples transculturaciones.

En el caso de Domínguez Michael —cuya experiencia en la academia se limita a algunos meses como profesor invitado en la Universidad de Chicago,

y a conferencias y cursillos informales como miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, pero al mismo tiempo como acaso el último reseñista con un seguimiento amplio y apasionado del gran público—, la invención de sus lectores resulta mucho menos nítida. Su libro tiene 650 páginas y fue publicado en una edición sorprendentemente poco llamativa, por una de las prensas más reconocidas del país: la de El Colegio de México, que lo becó para escribirlo. Me parece que, desde estas circunstancias, Domínguez Michael trató de imaginar y de dirigirse a un público académico, sin abandonar rasgos de estilo que caracterizan sus mejores libros anteriores. Al final el resultado es ecléctico: se toma la molestia de resumir obras que su público *debería de conocer*, como el *Gil Blas*, y tiene pasajes que son francamente sabrosos pero por otra parte, a la hora de enfrentarse a los conceptos cruciales —liberalismo, romanticismo, modernidad y nación— que sería el deber de su libro repensar con la pasión de la que nos reclama carecemos, opta por naturalizarlos: no arriesga una verdadera definición de lo que cimienta su lectura o, peor, se niega a dialogar con los críticos —de Walter Benjamin a Jean Franco, Julio Ramos y Doris Sommer— con los que, le guste o no, se han formado sus presuntos lectores.

Finalmente nosotros, al editar un volumen colectivo, tuvimos mucho menos control sobre el estilo, pero al haber llamado exclusivamente a profesores compenetrados con el quehacer editorial de los *journals* y las prensas académicas en inglés, me parece que logramos una textura pareja (a pesar de que para Domínguez Michael sea la de un “formalismo puritano”) que compensa con la enorme riqueza de información de sus capítulos breves, lo que no puede dedicar a los regodeos de la prosa juguetona o a las reconstrucciones narrativas en las que Conway brilla en muchas ocasiones. Había tanto que decir, que cada uno de los autores se exigió, sin llegar a ser telegráfico, dejar sugerido el momento actual del estudio sobre cada tema: precisamente el libro es un intento de mostrar las coordenadas a las que ha llegado la ampliación del campo en el momento de su publicación.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los estudios sobre el siglo XIX gozan de excelente salud, como prueban además de los libros de los que he hablado aquí, los tres tomos de la antología *Inventario* que reúne lo mejor del periodismo cultural de José Emilio Pacheco y son, además de muchísimas otras cosas, una verdadera mina de su pensamiento sobre el siglo XIX y el Modernismo, y el intento monumental (tanto que no es inadecuado llamarlo insensato) de Jorge Aguilar Mora de escribir un breve libro *sobre cada año* del siglo, comenzando con 1799 y 1800 en sus *Sueños de*

la razón, ganador, por cierto, del Premio Xavier Villaurrutia. A esto hay que sumar la reciente activa sección sobre siglo XIX en LASA, las nuevas ediciones de clásicos de ese siglo en Penguin y la *Historia de la literatura mexicana* coordinada por Mónica Quijano, que debe estar acabándose de formar en los talleres tipográficos de la UNAM, mientras yo escribo estas líneas.

Las direcciones en las que se amplía el campo son principalmente las siguientes: un abandono o al menos una cierta superación de los compartimientos marcados por los géneros tradicionales. Esto permite abordar de manera literaria textos que no son cuentos, novelas, poemas u obras de teatro. La crónica del congreso constituyente, el periodismo popular, la lexicografía y la historiografía se revelan como objetos dignos de estudio en cuanto se suspende el imperativo de los esquemas recibidos.

Más allá del texto impreso, se extiende una definición más generosa de cultura, que está lejos de permanecer inexplorada, como lo demuestra el hecho de que se publique un libro de divulgación como el de Conway, que piensa de esta manera las manifestaciones y producciones de Hispanoamérica.

Más importante me parece el hecho de señalar las nuevas economías que se forman en este campo. Al producirse un cuestionamiento al parecer irreversible, *pace* Domínguez Michael, de la relación entre literatura (cultura) e instituciones, entre sociabilidades y (cultura) literatura, no sólo se ilumina la literatura, que no es poco, sino que se revelan, al menos en parte, los sistemas de afectos que son el combustible libidinal de cambios cruciales en el siglo XIX. Sistemas de afectos que, a diferencia de los frutos de la razón, son contradictorios, indecisos y, precisamente por esta oscilación, fascinantes para este estudioso de la literatura.

Más allá de cultura y literatura, pero siguiendo la posibilidad abierta por el cambio de definiciones y posiciones que alguna vez parecían incuestionables, se abre la exigencia de repensar una serie de conceptos que resultan fundamentales para el estudio del siglo XIX, tanto porque los usamos de manera constante en nuestros discursos críticos, como porque fueron prácticas vivísimas precisamente durante ese período.

Para cerrar estas páginas, intento un comentario de un par de estos conceptos, cuyo uso naturalizado he criticado más arriba, ofreciendo aquí algunas pistas sobre los lugares donde espera la posibilidad de su modificación radical.

Durante varias décadas ya el pensamiento sobre la nación ha galopado sobre los planteamientos de Benedict Anderson y Homi Bhabha. Desde luego ha habido críticas, como las recogidas en *Beyond Imagined Communities* (2003) editado por Sara Castro-Klarén y John Chasteen, pero como cualquier otro *post-* o *anti-* estas críticas atacan más bien aspectos ancilares que la máquina argumental central. Seguimos pensando en *nation as narration* —y aunque

esto desembocó en una serie de libros insoslayables: pienso centralmente en *Foundational Fictions* (1991) de Doris Sommer, que inaugura esta tendencia—ha llegado el momento de atender otras formulaciones de la teoría política.

La reflexión sobre comunidad que Roberto Esposito planteó en su trilogía *Munus, Immunitas, Communitas* (2009) es necesaria para comprender toda suerte de formaciones políticas y no solamente al Estado, que al final es el resultado de la reproducción a gran escala de una serie de estructuras elementales de organización premoderna, que se ocultan bajo un léxico burocrático pero que siguen ejerciendo su eficiencia. Estructuras, además, que no dejan de existir en localizaciones regionales, formalmente bajo el dominio del Estado, pero que constantemente escapan a su atención y se administran de manera no oficial. Al pensar la comunidad como un grupo cohesionado no por una positividad sino por una deuda (que es lo que Esposito llama *munus*), este autor, además, aligera en mucho el lastre de las políticas de identidad que el campo, sobre todo en la academia de los Estados Unidos, sigue arrastrando. La identidad es la sustitución metonímica en que los miembros de la comunidad devienen relato sobre una deuda que no solamente es impagable sino que además no puede articularse lingüísticamente.

De manera suplementaria a las comunidades que el Estado simultáneamente *articula y desarticula*, debe leerse el importantísimo planteamiento de Kojin Karatani en su libro traducido al inglés como *The Structure of World History* (2014), en el que sustituye la pareja recibida Estado-nación, para reescribirla Estado/nación, en relación antagónica, explicando que, en todo caso, el Estado debe pensarse emparejado con el Capital. La nación, en cambio, es el conjunto de las prácticas sociales —en su libro solamente los modos de intercambio, pero el argumento puede ampliarse fácilmente— abolidas para que la organización moderna del Estado pueda ensanchar el cauce del Capital. Al leerse desde Karatani, una frase como la que se usa habitualmente para describir a Altamirano, “liberal romántico”, transparenta su división entre vertientes incompatibles: por una parte un proyecto de Estado (liberal) y por otra los afectos de la nación (romántico) sin los cuales el Estado se pulverizaría, pues resulta un puro entramado legal y burocrático por el que es imposible sentir afecto.

Ahora bien, este mismo término, “romántico”, tan importante para comprender la manera en que se deseaba (al mismo tiempo que se temía) vivir y crear, permanece en general pobremente definido. Pero los estudios del romanticismo están atravesando algunas modificaciones interesantes. Por una parte, y siguiendo la estela de lo que ha pasado con el *Modernism*, se está comenzando a repensar de manera planetaria. Ya se ha publicado un volumen llamado *Global Romanticism* (2015), que es tristemente miope: al parecer este romanticismo global se escribió exclusivamente en inglés. Un poco más generoso es el *Ox-*

ford Handbook of European Romanticism (2016), aunque no contiene un solo capítulo que no esté determinado por las fronteras nacionales y, como lo indica su título, deja fuera a las Américas. Me parece que *Metaromanticism*, de Paul Hamilton (2003), el editor del *Handbook*, es el mejor de los esfuerzos de esta índole, aunque también es sumamente anglocéntrico. Todos estos libros se desentienden del fervoroso *romanticísimo lector* que incendió América Latina.

Parte del trabajo que me parece más relevante de la llamada ecocrítica consiste en revisiones de la escritura tanto poética como científica de la era romántica, aunque aún no conozco ninguno que se ocupe de la literatura latinoamericana, llena de lectores de Humboldt y donde la huella de la poesía de Bello es hondísima. Sin embargo, en mi opinión muy personal, la parte que con más urgencia se debe reformular de los mundos románticos no es la de su circulación dispareja y sus recepciones, reproducciones e reinvencciones multiformes, ni tampoco la de su concepto de Naturaleza. Creo que es más importante recimentar el estudio del romanticismo a partir de una operación crítica aparentemente crasa: olvidar el “Yo romántico”. Es el caso particular de México, porque resulta un hallazgo mucho menos frecuente en el *corpus* de lo que *debería ser* según la idea recibida del romanticismo. Sin embargo, esta pobre frecuencia relativa no es en realidad una carencia, sino un síntoma. ¿Qué pasaría si en vez de pensar esta renuencia al Yo —que favorece, sobre todo en los años que median entre la Independencia y el Porfiriato, una enunciación mucho más comprometida con un Nosotros— como un mirador desde el cual volver rigurosamente al *Sujeto Romántico*? A lo largo de su obra, Alain Badiou ha venido apropiándose de conceptos tradicionalmente usados como individuales, como sujeto y más recientemente cuerpo, para convertirlos en construcciones colectivas en torno a un acontecimiento de verdad que requiere de un sostén material para el que no basta un solo individuo humano.

Leído de esta manera, el sujeto popular de *La musa callejera*, por ejemplo, se convierte no solamente en un objeto teórico interesante sino casi en un concepto; en el lugar a partir del cual (re)plantear un concepto. Este último gesto, el de leer con fe en la posibilidad teórica nuestra literatura, es necesario.¹ El rehuirlo ha sido una de las carencias más profundas de nuestro quehacer crítico y ha creado, más que una teoría de la dependencia, una dependencia de la teoría (o bien la renuencia que muestra el libro de Domínguez Michael). Por supuesto, esta labor difícilmente la puede cumplir un crítico solo: más bien será el legado, si se cumple, de una generación.

¹ Como ejemplo de este quehacer, véase Sánchez Prado (2018), donde se incluyen varios textos sobre el siglo XIX.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRERA ENDERLE, Víctor (2010), *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-1870)*. México: JUS.
- (2016), “The Emergence of the Mexican Literary Field (1833-1869)”, en SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 158-170.
- CONWAY, Christopher (2015), *Nineteenth-Century Spanish America: A Cultural History*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- DABOVE, Juan Pablo (2016), “Liberal Literati”, en SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 188-202.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher (2016), *La innovación retrógrada: literatura mexicana 1805-1863*. México: El Colegio de México.
- (2017), “Un triste manual escolar”, *Letras Libres*, 223 (julio), 52-54. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/mexico/revista/un-triste-manual-escolar>.
- GARRIGAN, Shelley (2016), “The Rise of Cultural Institutions”, en SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 171-187.
- GOTTLIEB, Evan (ed.) (2015), *Global Romanticism: Origins, Orientations, and Engagements, 1760-1820*. Maryland: Rowman & Littlefield.
- HAMILTON, Paul (ed.) (2016), *The Oxford Handbook of European Romanticism*. Oxford: Oxford University Press.
- (2003), *Metaromanticism. Aesthetics, Literature, Theory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- PINEDA, Adela (2016), “Mexican *Modernismo*”, en SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 218-230.
- RUISÁNCHEZ, José Ramón (2016), “The Conservative Paradigm”, en SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 203-217.
- SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.) (2016), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ PRADO, Ignacio (ed.) (2018), *Mexican Literature in Theory*. New York: Bloomsbury Publishing.
- WRIGHT, Amy E. (2016), “Early Nineteenth-Century Nation-Building Prose”, en SÁNCHEZ PRADO, Ignacio; NOGAR, Anna y RUISÁNCHEZ, José Ramón (eds.), *A History of Mexican Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 143-157.